

Confesiones

José Luis Miranda

A través del boletín ENTRECajas o de otras comunicaciones internas se nos informó de una curiosa propuesta de Walter Manfré, un proyecto nada convencional que ya había él experimentado en varios países, especialmente en Italia.

Ante la posibilidad de participar en una posible coproducción con el Teatro Stabile Apruzzese (L'Aquila), la AAT nos pedía textos con una duración de cinco minutos y que tuvieran como argumento el pecado. El actor diría el texto —se confesaría— de uno en uno a cada espectador, turnándose con los demás actores. Habría el mismo número de actores que de espectadores. Y también el mismo número de textos diferentes. Veintiún textos, veintiún autores, veintiún actores, veintiún espectadores.

Al tratarse de un proyecto de autoría múltiple, interesó especialmente a la AAT, pero —según me dijeron— por razones económicas y de organización, pero, sobre todo, por la dificultad de su exhibición, no era posible seguir adelante. Sin embargo, el “Festival Madrid Sur” hizo suyo el proyecto, y José Monleón se hizo cargo de la coordinación dramática, así como de la selección de los textos, todos ellos de autores asociados a la AAT en atención a los antecedentes ya expuestos. Y así, con la colaboración del Florian-Proposta Teatro Stabile d’Innovazione (Pescara) y el Teatro Stabile Abruzzese (L’Aquila), *La confesión* se representó en Móstoles, Getafe, Leganés y Fuenlabrada, dentro de la programación del “Festival Madrid Sur”, y posteriormente en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, en el marco del “Festival de Otoño”, con lo que veintiún autores (cito por riguroso orden alfabético): Antonio Álamo, Ignacio Amestoy, David Barbero, Elena Belmonte Salmón, Jesús Campos García, Elena Canovas, Raúl Dans, Maxi de Diego, Javier de Dios, Manuel de Pinedo, Lidia Falcón O’Neill, Santiago Martín Bermúdez, Alberto Miralles, José Luis Miranda, Miguel Murillo, Itziar Pascual, Paloma Pedrero, Juan Polo Barrera, Alfonso Sastre, Rodolf Sirera y Alfonso Vallejo, estrenamos conjuntamente.



Fui a ver el espectáculo al Hospitalillo de San José de Getafe. Veintiún espectadores (once hombres y diez mujeres) nos instalamos en un espacio oscuro, sentados en pequeñas butacas junto a un reclinatorio. Diez actrices y once actores hicieron su aparición en las tinieblas y con rigurosa disciplina se arrodillaron junto a los espectadores correspondientes. Las actrices se confesaron solamente con los hombres y los actores exclusivamente con las espectadoras. Sobre

las cabezas de los penitentes colgaba una pequeña lámpara, una luz muy tenue que iluminaba discretamente los rostros, envolviendo el pecado, desvelando las miradas. Cada cinco minutos sonaba una campanilla y los actores y las actrices se levantaban para cambiar de reclinatorio y por lo tanto de espectador. Sin embargo, seguían manteniendo su pecado.

El espectáculo, que duró una hora, me pareció corto y me dejó con la desazón de no haber podido escuchar las otras confesiones, las que sólo escucharon las espectadoras. Este es uno de los muchos aspectos inquietantes del experimento. Habitualmente en los estrenos, terminada la representación, se suele hablar de todo menos de la representación. Aquí no, aquí resulta inevitable si has ido con una pareja del otro sexo pedirle información sobre lo que ella sabe y tú no. Si no has ido en esas condiciones, deberás buscar nuevas amistades para hablar de teatro, es decir, para hablar de lo que ya no habla nadie. Conseguir eso es conseguir algo insólito.

Se trata, en realidad, de un teatro subterráneo, que sustituye al espectador por el cómplice, y que produce una atracción morbosa, una tensión entre la culpa y el cinismo, un teatro que crea una extraña ligazón a través de la palabra y de la cercanía del actor o de la actriz, de ese personaje que busca viajar desde el infierno al purgatorio.

No sé si sería posible retomar el proyecto evitando así su desaparición. Creo que sería un acierto mantenerlo vivo. Si el teatro pecara, es decir, si se atreviera a enfrentarse con todo lo que no se atreve tal vez saliera del limbo. Este espectáculo ayuda a no perdonar la pereza. ■

Esta revista ha sido editada por la AAT con la ayuda de:

